

Tercera canción para Marisa

TEXTO: MAURICIO CARRERA

En el mármol de los amores que perduran grabo los detalles que te hacen única. Las evocaciones requeridas de tu ser irreplicable que palpo o que recuerdo. Tu piel donde el polvo de estrellas se confunde con el durazno maduro y el abrigo exacto para no titiritar de la maldita soledad o del implacable frío. Los ojos de novia de pueblo, de un verde increíble a no ser por la selva que los copia, de felina en actitud de caza, de celo o de cuidar a sus cachorros, de fe en que el mundo es bueno y por eso existe, de confianza en que no habrán de engullirnos las tormentas de arena o las penitencias diarias por el pan y la sal del hogar y la oficina. Tu sonrisa, que es como la primera cosa buena tras la mala racha en que nos puso el cielo cruel, burlón y sordo. Tus pies, capaces de soportar incluso zapatos que no entran en mi estética raída, tibios y delicados, andamios de tu paso bello por las aceras de la realidad en que me ubicas, eróticos a su manera, perfectos por lo que a mí respecta, míos, sólo míos. Manos pequeñas como las de la lluvia cuando se aleja del aguacero o como las del sol cuando hace temblar al rocío de la madrugada. Labios que son como un triunfo del sabor, de la ternura, de la entrega, de eso que llaman pasión y yo amor del bueno. Tus perfumes con que expandes la calidad de la rosa, el aroma de la noche, el dormir de los bebés sin cólico y la leyenda de las esencias orientales.

Soy afortunado. Llegaste a mi vida de manera súbita, repentina. No lo esperaba, absorto en lamerme las heridas de los amores maltrechos y deseoso de caricias y nombres de mujer que no dejaran huella. Te apareciste con tu ala rota –el yeso era rosa, lo recuerdo–, con tu furia enorme por dejar de estar muerta en vida, con tu desfile de poemas de soledad y de compañía,

con tus pasados que no me pertenecen y tus futuros que reivindicó como míos.

No eras nada, no tenía ni un atisbo que augurara tu arribo a mi insignificante estar arrojado en el mundo, y ahora eres más que la lluvia y la ola, más que mis cantinas y mis triunfos de dominó, más que mis memorias de otros latidos que me marcaron, más que mi proceder de trotamundo y de aventurero entre urbes desconocidas, naufragios o tiburones azules, más que la alegría de un día con pan, más que las estrellas y las araucarias, más que mis libros y más que yo mismo cuando sonrío y me creo inmenso porque existes y porque te conocí.

En ese mármol, el de los amores que perduran, grabo tu nombre, que es como decir templo, musa, destino, felicidad, música. El aroma y el tintineo de tu ser irremplazable y bello y único. Tu don de convertir la vida astillada, mis fragmentos en penumbras, el dolor de los alfileres en el alma, la ruina de lo que no fue, las batallas perdidas y los fracasos cotidianos, en otra esencia: la de tu mujerío sin sobresalto, la del amor benévolo y comprometido, la de tus golpes centellantes para sobrellevar con dignidad la existencia no pedida, la de tu fuerza enorme para ser tú misma y rescatarme de los asombros de mi propio abismo. •

MAURICIO CARRERA

Ciudad de México, 1959. Escritor y periodista. Su libro más reciente es *La muerte de Martí y otros cuentos*. Es coautor de *Volcán apagado*. *Mi vida con el Príncipe de la Canción*.